



LOS COSTOS DE LA POSMODERNIDAD

Natalia Flores Delgadillo





LOS COSTOS DE LA POSMODERNIDAD

Natalia Flores Delgadillo¹

Todo indica que vivimos en un mundo cada vez más traicionero, o por lo menos así lo percibimos. Mis vecinos han colgado mantas que amenazan con linchar a quienes sorprendan robando. Mi mamá me advierte de no vestir con falda si voy al centro a pasear. Hace unos días noté que mi jefa se traslada en una camioneta oscura y blindada, mientras que afuera de la oficina, el cuerpo de vigilancia se ha incrementado. Después de la medianoche mi abuela tiene prohibido descolgar el teléfono por temor a una extorsión. Mi papá ha decidido emprender un negocio a causa de una próxima crisis económica que derive de su posible pérdida de empleo. Me enteré que mis compañeros ya usan condón para no ser víctimas de alguna enfermedad de transmisión sexual. La semana pasada, un amigo de la carrera se inscribió a clases de karate para defenderse de un próximo asalto. Con una gran devoción, mi tía ingiere diariamente cinco vitaminas para exorcizar cualquier enfermedad futura. Miedo e incertidumbre. Cada uno de estos rituales representa una acción defensiva. Se tratan simplemente de maniobras preventivas que tienen un propósito: ser menos frágiles y vulnerables ante la vida misma.

La constante sensación de inseguridad que caracteriza nuestra existencia nos impulsa a tomar elecciones individuales y colectivas que sean capaces de amedrentar el constante peligro que desafiamos. Sin embargo, lejos de erradicarlo, actividades como viajar resguardado por un auto blindado o saturar el cuerpo de vitaminas, contribuyen a reafirmarlo y acrecentarlo.

Al parecer ya no es motivo de sorpresa que diariamente nos enfrentemos a una serie de desafíos que de una u otra manera nos orillan a cuestionarnos sobre el mañana. ¿Aún conservaré mi empleo? ¿Seguiré manteniendo una relación con mi actual pareja o encontrará a alguien más y me abandonará? ¿Podré pagar todas las deudas antes de que llegue una nueva crisis financiera? ¿Me mantendré en un buen estado de salud o me atacará la enfermedad recientemente descubierta? ¿Qué haré después de terminar la carrera?

¹ Egresada de la carrera Ciencias de la Comunicación, de la FCPyS de la UNAM. Colaboró en el Comité Directivo del PRI-CDMX como community manager y estratega digital durante las elecciones 2015. Cuenta con estudios de Política 2.0 y Mercadotecnia Electoral. Actualmente brinda asesoría a Movimiento PRI.mx, organismo especializado del PRI en comunicación digital. Además es integrante del Consejo Nacional de Estrategia Digital del mismo partido político en donde funge como Coordinadora de la Juventud Territorial. Es alumna de la Escuela Nacional de Cuadros (ENC) del PRI y cursa el seminario “Socialdemocracia, nuevas generaciones” en el Instituto Friedrich Ebert Stiftung (FES).

Indudablemente es natural que de pronto nos lleguen lapsos de meditación en los que presagiamos crisis futuras en nuestros círculos más cercanos como el trabajo y la familia hasta un poco más lejanos como la economía del país. Sin embargo, en las sociedades actuales todavía nos cuesta entender por qué vivimos con una mirada dudosa sobre el futuro. Frente a tal situación y si tenemos la mínima intención de conocer el segundo plano de las cosas resulta pertinente cuestionarse lo siguiente: ¿cuáles son las fuerzas genéricas de la incertidumbre que rige nuestra existencia? ¿por qué nos sentimos parte de una sociedad expuesta a los “golpes del destino”?

Primeras respuestas

Posmodernidad. Quizás esa sea una posible respuesta de la que emana este panorama distinguido por el ritmo vertiginoso e inestable de la vida. Digo posible, porque mucho se ha discutido sobre los términos modernidad y posmodernidad para definir cuál es verdaderamente la etapa que atravesamos. Empero, las concepciones propuestas por estudiosos de la sociología advierten que “la modernidad nació de la ruptura de la visión religiosa del mundo”.² Es decir, la sociedad moderna se construyó a partir del triunfo de la razón que intentaba forjar a ciudadanos libres en el marco de un orden político y de instituciones.

Solo para dilucidar concepciones, Alain Touraine —sociólogo francés— advierte que en la modernidad el individuo fungía como un ser racional y consciente de sus derechos y sus deberes conforme lo marcaba el Estado. Sin embargo la lógica cambió en cierta medida cuando el cuerpo social entró a una nueva fase llamada posmodernidad o “desmodernización” según Touraine; términos que también se podría equiparar con la acepción de “modernidad líquida” que propone Bauman.

Por antonomasia, las miradas pesimistas acompañan a la posmodernidad. Gran parte se debe a las comparaciones que se hacen respecto a la etapa pretérita en donde la racionalidad del hombre era el elemento explicativo de las cosas, mientras que en esta nueva, se piensa a la tecnología como el mecanismo que domina a la naturaleza.

En este sentido, la posmodernidad trae consigo nuevas relaciones sociales impregnadas de una inestabilidad. El funcionamiento que adquieren las cosas se hallan en una lógica de la inmediatez, acompañada de una proclividad a las crisis y a la saturación de información. Sin duda alguna, resulta difícil

² Touraine, Alain. *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. FCE. México, 1997. P.28.

comprender el porqué del ritmo vertiginoso que adquieren las cosas, no obstante autores como Zigmunt Bauman en su obra *Tiempos líquidos* desentrañan el funcionamiento de los escenarios sociales actuales.

Para él, la incertidumbre que enmarca nuestros días se debe principalmente a la transición de una modernidad sólida hacia una líquida que define como “una condición en que las formas sociales (las estructuras que limitan las elecciones individuales, las instituciones que salvaguardan la continuidad de los hábitos, los modelos comportamiento aceptables) ya no pueden mantener su forma por más tiempo porque se descomponen y se derriten antes de que se cuente con el tiempo necesario para asumirlas...”³

La tesis del autor es clara: el orden fue sustituido por el cambio. La estabilidad que configuraba la modernidad con base en los arreglos institucionales y la razón ahora es suplantada por el movimiento que arrastra la posmodernidad y que exige vivir en una incertidumbre del mañana.

Otro de los alicientes del panorama vacilante es la ausencia del control político. Ahora el Estado ya no es capaz de responder por los sistemas de garantías para los ciudadanos, por lo que las fuerzas del mercado llegan a ocupar ese vacío mediante la venta de productos e ideas que se encargan de solventar los problemas cotidianos del individuo como la salud, la educación y la vivienda.

Sujeto Desgarrado

En esta línea de análisis, es justamente en donde el ser humano mantiene una condición de desconfianza y temor inclusive hacia sus semejantes como consecuencia de un sentimiento enraizado de indefensión o falta de protección. Si bien la postmodernidad implica que el sujeto descubra su identidad a partir del individualismo que se va inculcando en las sociedades, también orilla a que descubra y exalte sus miedos.

Mientras las acciones colectivas se extinguen, hay una exacerbación del sujeto en donde éste tiene mayores oportunidades de ociosidad inducidas a través de los mercados que a su vez le permiten satisfacer intereses inmediatos. Ser iconos de belleza, comprar productos de marca, consumir comida rápida e irónicamente inscribirse al gimnasio; mantener el culto al cuerpo, enterarse de las noticias cada tres minutos, procrastinar 14 horas en facebook, ir a los lugares de moda, adquirir el último gadget, entre otras cosas son pruebas de los intentos del hombre por mejorar y agilizar todo sin importar que deje de lado cosas importantes.

³ Bauman, Zygmunt. *Tiempos líquidos*. Vivir en una época de incertidumbre. Tusquets Editores. México. 2007. P.7.

Los sujetos ahora han delegado la comunicación a plataformas virtuales. Nos dejamos arrastrar por el uso del whatsapp, twitter y facebook. También por el uso compulsivo de las selfies (sí aquellas fotografías que son capturadas a todas horas y que intentan reafirmar la personalidad o exaltar el ego). Nos dejamos llevar por la celeridad de las grandes metrópolis como la Ciudad de México en donde cada minuto vale oro. No hay tiempo que perder.

Ese mismo movimiento acelerado acompañado de la fascinación por vivir al instante se trasladan a las redes de amistades y los empleos. Ya no hay lealtades, ni se mantienen compromisos. O por lo menos en gran medida han disminuido. Inclusive el amor ahora es efímero y sin definiciones. Se desconoce qué tipo de relación afectiva se mantiene con el otro y ni siquiera se sabe con exactitud el motivo por el que permanecen juntos. Al parecer Bauman tenía razón en advertir la liquidez de las cosas como sello distintivo de nuestra sociedad.

En ese orden de ideas, el paso apresurado aunado al factor de la imprevisibilidad, nos hace sentir como posibles víctimas sobre lo que nos depara el futuro e inclusive el presente, al saber que no tenemos nada asegurado.

Somos de aquí y de todas partes

En estas sociedades que Touraine nombra como hiperindustriales y rápidas, se configuran dos escenarios completamente distintos que corresponden a cualidades de lo posmoderno. Escribe que “de las ruinas de las sociedades modernas y sus instituciones salen por un lado redes globales de producción, consumo y comunicación y por el otro un retorno a la comunidad que trae consigo la homogeneidad, la unidad”.⁴

La intención del autor es reflexionar en virtud de la coexistencia que el individuo debe enfrentar. Es decir, ahora requiere vivir en un mundo globalizado caracterizado por las redes de producción, consumo y comunicación, y a la vez en un mundo refugiado en las comunidades fundadas en los agrupamientos y en los nacionalismos. Sin duda este razonamiento trae consigo una contradicción, que en palabras de Touraine se sintetiza en “Somos de aquí y de todas partes, es decir, de ninguna” o “vivimos juntos, pero a la vez fusionados y separados”.

Bajo esta lógica, el pensamiento sociológico de Touraine resulta de gran utilidad para interpretar la dinámica de la posmodernidad, en el sentido en que se cuestiona cómo vivir juntos y seguir siendo diferentes al mismo tiempo ante estas dos caras que acarrea la nueva época. Con el propósito de que el

⁴ Touraine, Alain, *op.cit.*, p. 10.

multiculturalismo se combine con la unidad social, el autor pretende encontrar un punto que equilibre ambas posturas, pues cada una trae consigo una serie de riesgos. Por ejemplo, si las personas se sometieran a las mismas leyes universales de la raza, la religión o la globalización es probable que resurja el espíritu de los totalitarismos reivindicando los instrumentos de dominación. Por el lado contrario si no aceptaran las diferencias podrían caer en la segregación y en la anulación de la existencia del Otro.

El justo medio de Touraine que advierte una posible armonía entre los paradójicos escenarios de la “desmodernización” es pensar al sujeto como el centro de todo, y que define como “la búsqueda emprendida por el individuo mismo de las condiciones que le permitan ser actor de su propia historia”. La definición posee una connotación de liberación en el sentido en que se deben rechazar las fuerzas del mercado, del comunitarismo y de la religión para que el individuo, no se convierta en consumidor o creyente.

En ese sentido, la clave para que la figura del sujeto emerja se halla en su liberación de los sistemas de pensamiento y los proyectos políticos que han moldeado sus conductas y comportamientos, y que de manera inherente lo han hecho fijar una de postura frente al mundo.

El policía que todos llevamos dentro

Hablar de un escape de los sistemas de pensamiento para que el hombre escriba su propia historia, da lugar a una propuesta con tintes utópicos. Resultan evidentes los límites a los que se circunscriben las ideas de párrafos atrás. Y es que, “¿cómo es posible construir sujetos en un mundo vigilado, dominado, que aceptan las cosas consciente e inconscientemente” (Valeriano)

Sobra decir que a lo largo de la historia, el hombre ha tenido que actuar como una persona normal, adaptada, responsable, disciplinada y consciente en sociedad para no ser criticado, rechazado o porque simplemente porque así fue educado. En el trasfondo de la situación, encontramos que estos aparatos reposan sobre una estructura dada en la que los individuos, fuera de esta primera faceta de la normalidad, representan únicamente cuerpos y mentes aprisionados en el deber ser y las leyes morales que promueven valores como la honestidad, la generosidad, o ¿por qué no? la decencia, encargados de sentar las bases sobre lo que está bien y lo que está mal.

De acuerdo con Michel Foucault, estas características corresponden a la formación de una “individualidad normativa” que moldea las experiencias de los hombres a partir de un conjunto de reglas y normas previamente establecidas.

Si bien en épocas pretéritas se controlaba a través del ejército y la colonización, las sociedades más avanzadas necesitaron de otros instrumentos que realizaran los antiguos métodos de control. De esta forma, la medicalización de la sexualidad, la instrucción en las escuelas y los sistemas penitenciarios fueron los nuevos protagonistas encomendados a vigilar y castigar a los sujetos.

Al proponer una teoría del poder, Foucault subraya que el hombre se encuentra sujeto a ciertas tácticas de control y dominación que se insertan en la vida cotidiana a través de agentes directos como la familia, los educadores y los sacerdotes, cuyo principal propósito es evitar el asalto del poder por parte del pueblo. Asimismo, profesiones como los psicólogos, los abogados y los doctores personifican –de manera implícita- esta función de inspección del otro que nos convierte a todos en seres cada vez más disciplinados. En el castigo subyace una intención de convertir al pueblo en sujetos morales en tanto que este “dispositivo de coerción” los separa de los delincuentes, los locos y los enfermos para que contribuyan al sistema sin detentarlo.

En ese sentido, la figura de un policía es representada por cada miembro de la sociedad que ejerce una serie de prohibiciones en contra de los demás al mismo tiempo que los vigila y les aplica un castigo determinado. Todos llevamos un policía interno que se encarga de juzgar al otro e inclusive a nosotros mismos.

Punto final

Las aportaciones de Michel Foucault son parte importante para armar el rompecabezas de la lógica posmoderna. Indudablemente, los miedos generados no sólo competen al cambio de escenarios y relaciones mediante la tecnología y otros elementos que empuja la globalización; sino también corresponden a un fin que atañe al ejercicio del poder. Se trata de una dinámica social en la que se vigila al sujeto para controlarlo; para que no abandone su disciplina y funcionalidad.

La delincuencia a la que tememos a diario es producto del Estado a pesar de que éste y la esfera institucional se proclamen como buenos protectores del pueblo. De ahí que la transgresiones a la ley y la criminalidad sean necesarias para que la gente le tema a recibir un castigo, mientras es controlada. El teórico francés escribía: “Sin delincuencia, no hay policía. ¿Qué es lo que hace tolerable la presencia de la policía el control policial a una población si no es el miedo al delincuente?”⁵

⁵ Foucault, Michel. *Microfísica del Poder*. Ediciones de La Piqueta. Madrid. 1979., p. 96

Las crisis o los pequeños tornados que vivimos en nuestras actividades cotidianas nos ponen a cuestionarnos sobre la educación, las creencias, la relación familiar, las relaciones de poder, las identidades, la moral, entre otras cosas. Sin embargo esa incertidumbre y mirada dudosa sobre el presente y el futuro como costos de la posmodernidad derivan del vacío del Estado, quien ya no es capaz de responder por los sistemas de garantías para los ciudadanos.

Ante este panorama desalentador, se puede actuar de dos formas. La primera, que propone Bauman, es “aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo”.⁶ En otras palabras se trata de interiorizar los miedos, las crisis y las incertidumbres constantes, hasta que ya no tengamos temor de una nueva inestabilidad a raíz de que siempre estamos inmersos en un escenario así.

La segunda resolución que señala Foucault apunta a adquirir la conciencia del poder para recuperarlo y ejercerlo. El autor insinúa romper con las cadenas que mantienen atados al hombre mediante un “ataque cultural” que se base en cuestiones como la supresión de tabús, la desinhibición respecto a las drogas y una ruptura de todas las prohibiciones.

Sin duda alguna, la respuesta está en nosotros. No obstante, es poco probable que alguien elija la segunda, porque nadie estaría dispuesto a ser excluido, criticado o castigado. Y es que si hay algo en esta vida con un alto grado de certidumbre es una sola cosa: todos queremos ser comunes.

Bibliografía:

- Bauman, Zygmunt. *Tiempos líquidos*. Vivir en una época de incertidumbre. Tusquets Editores. México. 2007.
- Foucault, Michel. *Microfísica del Poder*. Ediciones de La Piqueta. Madrid. 1979.
- Touraine Alain. *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. FCE. México, 1997.

⁶ Bauman, Zygmunt. *Tiempos líquidos*. Vivir en una época de incertidumbre. Tusquets Editores. México. 2007., p. 154.